

Juan José Millás

Letra muerta



Turis, un funcionario frustrado, es captado por una organización terrorista para infiltrarse en una orden religiosa haciéndose pasar por hermano lego. Al cabo de un tiempo, la lectura fingida del breviario se acaba convirtiendo en rezo. Cuando pierde el contacto con la organización clandestina se siente abandonado, desubicado y aislado. ¿Segue siendo terrorista o es un religioso? Su vida y su identidad ya no son lo que parecen.

PRIMERA PARTE

Uno

Hace apenas dos años yo no era el proyecto de un cuerpo blanco y algo grueso limitado por un hábito. En este lugar, por fortuna, no abundan los espejos. Y los pocos que hay están destinados a reflejar el rostro y la cabeza, lo imprescindible para lograr un afeitado correcto y una disposición humilde de los cabellos. Pero cuando, desnudo, me siento sobre el borde de la cama e inclino el cuerpo para desatarme los zapatos, la postura me obliga a contemplar un abdomen excesivo que al presionarlo se divide en rebanadas de grasa delatorias de una vida tranquila que nunca quise para mí.

Hace dos años, yo tenía treinta y uno y entonces la edad me parecía un dato significativo. Hoy no pasa de ser un atributo secundario que pronto perderé del mismo modo lento y frío con el que pierdo los cabellos, que cada mañana se enganchan en el peine y son sumidos luego con el torbellino de agua del lavabo. Todo despacio, muy despacio, con el sosiego determinante de esta atmósfera indiferente y ubicua. Hace dos años, yo no era feliz ni mi rostro atractivo (en esto puedo asegurar que he ganado con el añadido de las gafas). No era fuerte ni débil. Tampoco era alto. La causa principal del rechazo que producía en los otros residía en que, sin ser atractivo, mi cuerpo no alcanzaba a reunir el número de condiciones precisas para resultar repugnante. Por eso he llegado a pensar alguna vez que si

me hubiera movido en otros medios menos ásperos, no habría sido muy difícil componer una imagen beneficiosa de mí mismo con tan escaso material.

En fin, hace dos años yo tenía algo propio, elaborado con un esfuerzo de naturaleza semejante al que es preciso utilizar para convertir la memoria en conciencia; para hacer del recuerdo la suma orgánica de representaciones pasadas que nos permita obtener con esfuerzo alguna idea de nosotros mismos en la que reconocernos, en el caso de que tal reconocimiento tenga algún interés. Me refiero al rencor, del cual afirmo que no se suele dar como atributo casual, producto del azar o de las circunstancias, sino como ganancia adquirida a través de un esfuerzo continuo y en ocasiones poco grato.

El rencor justificaba mi vida y probaba mi inocencia. Cuando mayores eran las oleadas de rencor, más inocente me sentía, aunque ahora ignoro de qué crimen necesitaba ser exculpado como no fuera de la persistencia misma del resentimiento. No sé a quién me dirijo; es difícil saberlo desde esta habitación cuyas ventanas no dan a ningún sitio transitable. Desde mi mesa veo los dos campos de juego separados por una avenida de chopos que conduce al poniente. Dicen que allí hay un río y dos huertas, aunque yo todavía no he bajado, ni ganas. También por esa zona están las colmenas y una especie de choza donde vive Seisdedos. Pero yo de todo eso no sé nada o muy poco. Yo puedo hablar del mérito que suponía levantar el rencor, dominarlo cuando intentaba convertirse en odio, que es una llama extingible, y alimentarlo luego como si se tratara de un doble cerebro, de una palpitación paralela cuya frecuencia debiera aumentar tras cada nueva contracción. Porque la construcción del rencor no acaba nunca; sus materiales son imprecisos y cambian según el día o la estación del año que discurre. De forma que hay que estar muy pendiente de él y saber en qué momento hay que llamarlo de otro modo, o cuándo conviene añadirle tal o cual ingrediente,

para que siga siendo útil en las dos direcciones en que actúa: como estímulo del propio organismo y como amenaza para el de los demás.

El rencor me habitaba como un ciego que hubiera llegado a conocer cada uno de los túneles por los que discurría mi escasa inteligencia. Tenía sus horas de reposo y sus momentos de actividad. Decrecía ante las satisfacciones y se expandía, como el humo, frente a los instantes de humillación. Yo lo sentía despertar a media mañana, durante los quince minutos infames de descanso; se colocaba en los ojos y ya no se movía de allí hasta pasada la media tarde. Después se iba a prestar ayuda a otros órganos igualmente necesitados de su estímulo.

Podría expresar, si me esforzara, cuánto llegué a aborrecer aquellas carpetas polvorientas de hace dos años, pero lo expresaba tan bien entonces con mi negra mirada de funcionario que al recordarme ahora y evocar esos ojos o esa boca en la que los labios habían comenzado a adquirir un gesto de desprecio, al recordarme ahora, he tenido un poco de miedo ante ese rostro por el que no transitaría a gusto ni un gusano; mucho menos, la memoria de quien tuvo ambición para ser alguien, pero que careció de inteligencia para lograrlo. Al principio de entrar allí, pensé que las escupideras eran un vestigio del pasado y que ya no cumplían ninguna función, a no ser la de recibir alguna colilla ocasional o una bolita de papel confeccionada con los billetes de autobús que uno se va dejando por los bolsillos de la ropa. Lo había olvidado, pero recuerdo ahora que había quienes las utilizaban para escupir. Evocando esta y otras humedades, aún me consuelo un poco al considerar que de todas aquellas cosas que pude llegar a ser, quizá no sea esta la peor, y a veces hasta me encuentro a gusto frente a esta ventana desde la que puedo contemplar el horizonte y los álamos que a lo lejos limitan, por las dos orillas, el cauce del río. Porque el mundo es un lugar inhóspito y por eso, a veces, aquí me encuentro a salvo de la falta de

acogimiento que se revela en todo. Esta tarde se ha puesto el cielo blanco, pero a medida que oscurece puedo advertir que, tras de esa primera capa de color, hay otra más intensa que, sin embargo, necesita el contraste de la noche para manifestarse. Muy pronto las nubes serán rojas, como de nieve, pero no nevará porque no es época. Todavía han de caer al suelo las últimas hojas, y aún después de eso ha de transcurrir un tiempo sin referencias que confirmará la falta de hospitalidad del universo. Sobra tiempo. Las estaciones no se equivocan, no padecen alteraciones de tipo nervioso, aunque les sobra capacidad para producir las.

Hablaba del rencor como de algo que tuve y me quitaron sin que yo llegara a advertir la pérdida. Y es que carecía de peso; era un fluido imponderable, como la electricidad, de forma que no noté su ausencia hasta que aparecieron las lesiones producidas por su falta. Los síntomas de esa alteración, que habría de destruir el tejido de mi sistema compensatorio, se retrasaron, como se retrasan a veces las señales de una enfermedad, y de tales indicios no pude inferir lo que estaba pasando o iba a pasar, sino lo que ya había sucedido. Demasiado tarde. Tal vez no importe, pero en todo caso es un motivo de reflexión para quien durante algún tiempo ha creído en la existencia de esos dos mundos conocidos por los nombres de mundo de la verdad y mundo de la apariencia. Quien ha creído en esa dicotomía enloquecedora no puede evitar un movimiento reflexivo cuando advierte que no hay más mundos que los que aparecen. De este modo, yo estoy condenado a ser lo que mi apariencia delata. Lo demás es un sueño y continuará siéndolo mientras la Organización no reanude sus contactos. ¿Cuánto habré de esperar aún para reconocirme como habitante de una sola realidad?

Es verosímil, pues, ya que no ofrece ningún carácter de falsedad (nadie me mira de otro modo), que yo no sea más que un hermano lego de esta Orden religiosa, fundada hace algunos siglos, y que tradicionalmente ha venido dedi-

cándose por igual a la enseñanza y a las misiones, aunque en la actualidad está entregada primordialmente a lo primero, dada la escasez de beneficios ideológicos que produce el trato con infieles. Creo que el vino, la comida, y este ordenamiento de las horas, que acaba por instalarse cómodamente en la noche, terminarán el milagro. Tal vez acepte entonces que esto que soy yo, que esta forma de vida, no es una cobertura para desarrollar otro modo de ser. En todo caso, con el tiempo, y si es posible que uno necesite todavía de tales consuelos, pensaré que hubo algún fallo en la Organización debido al cual la máscara acabó por encarnarse en la versión definitiva de mi actual estado.

Dos

Hay problemas con la luz. Esta tarde, en la capilla, las bombillas parpadearon mientras rezábamos el rosario. El padre superior estaba molesto por la falta de concentración que este efecto provocaba en los seminaristas. Después de algún tiempo, los filamentos de las lámparas adquirieron un color rojizo algo más estable, pero el alumbrado siguió siendo pobre. Los puntos de luz, desde esa hora, no sirven sino como indicadores que señalan el centro de los pasillos o los lugares de articulación de algunas escaleras.

Al anochecer, las aulas irradiaban, a través de los cristales de las puertas, un resplandor fosforescente que olía a cera y a polvo quemado. El padre ecónomo había repartido velas con la recomendación de que mantuviésemos apagadas el mayor número de luces, de forma que se obtuviese el máximo rendimiento de las que permanecieran encendidas.

Durante la cena comunitaria, a la que fuimos invitados los legos por celebrarse un centenario de la beatificación de nuestro fundador, el padre superior dio permiso para hablar a la vista de las dificultades que ofrecía el leer el evangelio. En nuestra mesa, elevada sobre las de los seminaristas por una tarima de madera, el padre Beniopa comentó el regocijo que en los muchachos suelen provocar estas situaciones anómalas, a lo que respondió el responsable de la comunidad con un gesto de censura que no sé si

iba dirigido a la alegría de los seminaristas o a la del propio Beniopa. Este gesto frenó nuestra euforia y endureció los rostros dispuestos alrededor de la gran mesa rectangular. Las cabezas y las manos, después del primer vaso de vino, parecían moverse por sí solas, como si carecieran de cuerpo, debido a que el color negro de los hábitos es muy soluble en la penumbra creada por la luz de las velas.

Hacia el segundo plato, un golpe seco sobre nuestra tarima nos sobresaltó. El sirviente recogió el objeto, un trozo de pan duro procedente de una de las batallas que se libraban en las mesas, y se lo entregó al superior, en quien el suceso había producido un acceso de ira que fue a manifestarse en una mirada asesina capaz de iluminar cada rincón del oscuro refectorio. Aún lo estoy viendo con los dientes apretados y agitando la campanilla con la mano izquierda para imponer silencio y orden. Este último gesto, quizá porque es cojo, le hizo perder el equilibrio de la mano derecha que en ese instante se dirigía a la boca con una cuchara llena de salsa. El hermano Caso me dio una patada por debajo de la mesa y yo le respondí desde la oscuridad con una mueca, pues algunos gestos míos le producen una risa incontenible. Pero no conseguí alterar su gesto de piadoso fastidio ante la ira del rector.

Al terminar la cena, el padre Beniopa, que estaba hoy de guardia, me comunicó que el superior quería verme en su celda después de que los estudiantes se hubiesen recogido. Un poco nervioso por esta llamada, ordené la cocina y me fui a mi cuarto a rezar el breviario para hacer tiempo. Como de postre habíamos tomado manzanas, que es una fruta cuyo sabor exige el complemento del vino, no pude resistir la tentación de sacar la botella escondida y dar algunos tragos mientras llevaba a cabo el rezo litúrgico correspondiente a esa hora.

Después me puse la sotana y salí al pasillo.

En los recintos ya no había luz; solo algunos puntos que emitían un resplandor opaco de color blanco verdoso, pa-

recido al que despide el abdomen de algunas orugas. Pensé por un momento en volver a mi cuarto a por la vela, pero no lo hice confiando, más que en mi sentido de la orientación, en mi aptitud para repetir las cosas por mera práctica y sin necesidad de razonarlas.

El convento es un caserón excesivo para el número de quienes lo habitamos. La alarmante disminución de vocaciones en los últimos tiempos ha hecho que todo en él, desde la capilla hasta la mesa donde comen los curas, resulte demasiado grande. Para llegar desde mi celda a la zona donde está situado el despacho del padre superior hay por lo menos tres caminos, sin considerar la posibilidad de hacerlo a través del exterior del edificio. Escogí el más difícil, o al menos el que mayor esfuerzo físico me exigía, con el objeto de quitarme de encima la soñera producida por el vino. Iba, además, haciendo ejercicios con la lengua —sin llegar a cantar o a articular sonidos— porque me parecía que estaba también un poco torpe y temía que esta torpeza se transmitiera a mi modo de expresión, habitualmente claro.

En la escalera falsa, o de desahogo, que conduce a la zona de servicio, tropecé dos veces sin llegar a caerme, debido a la desproporción existente entre la huella y la contrahuella de sus peldaños. Esta escalera se construyó sin ningún cuidado, ya que en un principio no conducía más que a las carboneras. Sin embargo, en posteriores ampliaciones efectuadas en las épocas de mayor esplendor, esta última zona se comunicó, por razones de comodidad, con el ala del edificio que hoy ocupan los curas. A causa de la falta de luz, que crea el punto de referencia necesario de las sombras, tuve algunos problemas con mi propio volumen, por lo que en dos o tres ocasiones hube de palparme el pecho para que este contacto eliminara la sugestión de que yo mismo era una sombra cuya realidad estaba fuera de mi alcance. De este modo llegué a la lavandería cuando, de improviso, la resistencia de las lámparas adquirió una

mayor intensidad que duró mientras ascendía por la escalera de caracol, cogido al alma de la misma con la mano izquierda y rozando la pared de su caja con la derecha. Esta ascensión helicoidal me produjo un leve mareo que no me abandonó hasta que golpeé con los nudillos el cristal arrugado de la puerta del despacho del padre superior. Para entonces ya me había olvidado del bulto que sin duda vi en la lavandería, cuando subió la intensidad de la luz, y que fue a esconderse tras los sacos de ropa al advertir mi presencia. El bulto correspondía a un muchacho de tercero cuyo nombre ignoro, pero de cuya mirada sé que resulta abrasadora, y su estancia allí a tales horas era, en el mejor de los casos, inexplicable.

Transcurrieron unos segundos sin respuesta. Tuve que dominar un impulso que me habría hecho golpear de nuevo la puerta. Por fin, escuché un «pase, hermano» que me pareció rencoroso. Abrí y entré a una oscuridad diferente. El padre superior estaba en su escritorio, junto a la ventana, rodeado por el halo de luz producido por una gruesa vela encajada en la boca de una botella ancha y baja, como las de tinta. Me miraba desde allí teatralmente, según su costumbre, y a la rigidez habitual de sus miembros se unía, como complemento, una señal que yo situé en la franja de su rostro comprendida entre la parte más inferior de la nariz y la barbilla. Una vez sentado frente a él habría de comprobar que, efectivamente, se trataba de una contracción de los labios que daba a su boca el aspecto de la risa. Sin embargo, como este rictus no iba acompañado de sonido alguno y carecía también de la complicidad de los ojos, hube de deducir que se trataba de un resto, de una huella perteneciente a un gesto anterior a mi entrada. Comprendí la utilidad de los segundos transcurridos entre mi llamada y su respuesta, y lamenté no haber vuelto a llamar para ayudarlo a crear la convención de que no me había oído la primera vez. Pero ya era tarde, y ahora los dos sabíamos que se había preparado para recibirme.

—Pase, hermano —repitió al verme. Y yo avancé hasta el asiento de los visitantes y me senté frente a él, pero también junto a él, pues nos encontrábamos los dos en el mismo lado de la mesa.

Para decir la verdad, la sensación que tuve es que ambos nos defendíamos de un peligro común, agazapados tras de su escritorio. Al otro lado había una pared y una puerta que comunicaba directamente con su dormitorio: su cargo le da derecho a tener dos habitaciones comunicadas entre sí; una es, propiamente, la celda; la otra, el despacho donde recibe a los seminaristas, o a otros miembros de la comunidad, y también donde ejerce las responsabilidades propias de su función. Como él mismo me explicó en otra entrevista, estas eran de dos clases: espirituales y administrativas. Por un lado, debía ser el pastor espiritual de todos cuantos vivíamos en aquella casa, lo que significaba alimentarnos adecuadamente desde ese punto de vista y detectar las posibles desviaciones individuales para ponerles freno antes de que algún otro miembro del cuerpo místico formado por todos nosotros se contagiase de esa desviación enfermiza, del mismo modo que una fruta podrida contagia su mal, por simple contacto, a las frutas más cercanas a ella. Por otro, era el administrador de los bienes físicos de la comunidad, y aunque la ayuda del padre Ramírez, el ecónomo, le era valiosísima, él no podía hacer dejación de sus deberes en este terreno, por lo que ocupaba varias horas al día en resolver también las cuestiones prácticas que toda congregación jerárquica de personas lleva consigo. Según me explicó, esta doble función, agotadora muchas veces y difícil siempre, le había llevado en algunas ocasiones a confundir ambos mundos, aplicando reglas económicas en el terreno de lo espiritual y normas de orden religioso en lo puramente administrativo. «La división, decía, no está muy clara, y al demonio le gusta enredar en este juego de confundir los intereses temporales con los divinos».

—Buenas noches, páter —dije besándole la mano al tiempo que tomaba asiento. Observé que tenía desabrochado un botón de la sotana, a la altura del pecho. El alzacuello destacaba como una franja luminosa en la línea delgada y recta de su cuerpo.

—Buenas noches, hermano Turis. No es habitual que despache con ningún miembro de la comunidad a estas horas, pero como ha surgido este problema con la luz...

—Sí —dije obligado por su pausa y en un intento de apoyar la suspensión a la que el tono de su voz le había llevado.

—Como ha surgido este problema con la luz —repitió—, he pensado en recurrir a usted que todavía es joven. Como, además, parece que tiene algunos conocimientos de electricidad...

Volvió a callarse del mismo modo que la vez anterior, en el punto más alto de la frase y sin emitir ninguna señal que prometiera el descenso. Me pregunté si sería así con todos los interlocutores o solo con aquellos de los que pretendía obtener alguna información.

—Algunos —volví a ayudarlo—. Estudié un poco de electrónica y otras ciencias después de acabar el bachillerato.

—¿Qué otras ciencias, hermano?

—Física y química especialmente. También matemáticas, claro. Pero principios básicos; no llegué a ir a la universidad. Lo hice en una academia, aunque también seguí algunos cursos por correspondencia. Luego me coloqué en el ministerio y lo fui dejando.

—Es una pena...

—Perdón, ¿a qué se refiere? —pregunté y sentí que mi modo de hablar era demasiado directo, que estaba cayendo en su trampa, fuera cual fuese esta. Sentí también que mi manera de dirigirme a él podía resultar poco humilde, por lo que bajé los ojos intentando suavizar con el gesto el tono de mi voz o la disposición de las palabras en mis fra-

ses. Entonces, cuando llevaba algunos segundos con los ojos inclinados, advertí que había estado mirando, aunque sin verlos realmente, sus pies. Su pierna derecha era notablemente más corta que la izquierda. La diferencia estaba subsanada, en lo que se refería a la longitud, con una enorme bota en la que parecía residir el centro de gravedad de su delgado cuerpo. Enrojecí temiendo que mi mirada hubiera resultado impertinente o cruel y desvié la vista de forma poco natural. Para entonces mis ojos ya se habían acostumbrado a la penumbra y advertí que las contraventanas estaban cerradas, por lo que la luminosidad nocturna no podía aportar ningún matiz a la oscuridad del despacho. También vi junto a la pared que estaba frente a nosotros, y directamente colocadas sobre el suelo, varias pilas de libros y cuadernos. Los libros eran, principalmente, de texto, aunque también había breviarios y algún que otro misal; quizás un par de biblias. Todo estaba colocado con un orden excesivo y cortante en un espacio que, a la luz del día o de una lámpara de cien vatios, no podría dejar ningún espacio abierto a la perplejidad. La puerta que comunicaba con su celda permanecía entreabierta, pero era imposible diferenciar a través de la rendija los bultos de las sombras.

Entre tanto, el superior había permanecido callado. Y yo, que no estaba dispuesto a cometer más torpezas, obtuve fuerzas de mi irresolución y le miré directamente a las gafas. Entonces, él reparó en el espacio abierto de su sotana, a la altura del pecho, y enrojeció a su vez por este descuido que le debía resultar insoportable. Solo después de haberse abrochado el botón entre atolondrado y confuso continuó:

—Es una pena que usted no se decidiera a seguir los estudios eclesiásticos cuando acabó el noviciado. Según me dijo el padre provincial, se le recomendó que así lo hiciera, pues su cultura es lo suficientemente amplia para haber cursado con facilidad los estudios que le llevarían al sacerdocio. Nuestra comunidad, más que otras, ha sufrido